

Testigo. Sí, contesta. Reconocimos que sólo él podía ser el ladrón.

Ronchetti. ¿Se acordó aquella misma noche hacerlo vigilar por aquella agencia particular de policía?

Testigo. No sé, no recuerdo, me parece que aquella noche ó al día siguiente.

Ronchetti. ¿Se dió este encargo de parte del mismo don Cárlos?

Testigo. Sí.

Ronchetti. ¿Cómo le hicieron reconocer de parte del que debía seguirlo á Bayona?

Testigo. Convidaron á Boet á una fiesta que se daba á los niños, y mientras entretenían á este, hacían tomar su fisonomía al agente.

Ronchetti. ¿Qué día fué?

Testigo. La noche del 24 de Diciembre.

Ronchetti se sienta.

—Si el acusado ahora quiere defenderse, dice el Presidente, le concederé la palabra. Pero que sea breve; que no nos amuele con hablar demasiado: brevedad, brevedad.

Boet dice á Suelves:

—¿Cómo sabe usted que yo concurrí á aquella fiesta?

—Me lo han dicho.

—¿Quién?

—No me acuerdo.

—¿Qué día dice usted que fué?

—El día 24 de Diciembre por la noche.

—¿Es posible el hecho?

—Sí, señor.

—¿Entonces podrá citar á alguno que lo haya dicho?

—En este momento no recuerdo. Pero no he venido aquí á contestar á las preguntas de Boet, sino á las de la justicia.

El público prorrumpe en rumores generales, y el Presidente dice:

—Cuando el imputado le pregunta á usted, es lo mismo que si lo hiciera yo.

—Señores, dice Boet, el día 24 de Diciembre por la noche yo estaba ya fuera de París.

El señor Boet hace algunas otras preguntas que el testigo contesta diciéndolo no sé ó no me acuerdo, y

que tienen la desgracia de incomodar al Presidente, quien acusa á Boet de hacerle perder el tiempo con nonadas.

—A propósito, añade, dígame el testigo cómo podía él creer que Boet hubiese robado el Toison estando cerrado con una llave que los mismos peritos han declarado difícil de sustituir.

—Lo ignoro. Boet debe saberlo.

Un jurado toma la palabra.

—¿Quién acompañó á don Cárlos de Gratz á Venecia, de Venecia á Milan y de Turin á París? pregunta.

—Las mismas personas. Yo, Lorenzo y Boet.

—¿No llevaba ninguna mujer en alguno de estos viajes?

—Ninguna.

El público murmura fuertemente.

—¿Tenía el testigo familiaridad con don Cárlos? añade el jurado.

—Bastante, como que le acompañaba mucho.

—¿Y no le vió pasearse nunca con una señora, sobre todo en Venecia?

—Nunca.

La gente se mira sonriendo, y Boet vuelve á tomar la palabra.

—Será difícil, dice, que quien niega de este modo la evidencia, reconozca lo que no lo es tanto. Pero...

—Al grano, al grano, exclama el Presidente.

—Pero señor Presidente...

—¿Acaba usted, sí ó no? exclama el Presidente.

—¿Recuerda el testigo, dice Boet, si don Cárlos despues de la declaracion del hurto, compró varias cosas á la baronesa de Samoggy, en términos que el mismo testigo lo reprendía, diciendo que no comprendía esto despues del disgusto que acababa de tener, pues ya dije que el testigo no se hallaba en el secreto de la ficción?

—Todo esto es falso.

—Recuerda si la Memoria de Turin fué escrita delante de todos nosotros, ó solo entre Lorenzo y el abogado Fortunio?

—Me parece que delante de todos, porque Lorenzo apenas habla el español.

—¿No se encerraron Lorenzo y Fortunio en un cuarto solos?

—¡Oh! ¡qué pesado es usted, señor Boet! exclama Paribelli. ¿A qué viene toda esta charla?

—Viene...

—Cállese usted. Todo esto no sirve de nada. Nos hace usted perder el tiempo.

—Todo esto sirve para demostrar que Lorenzo habla el español como cualquiera otro, y que no necesita intérpretes de vasco, como se pretende.

El señor Paribelli vuelve á regañar y despide al testigo, ordenándole que se siente dentro del Tribunal. Entra Lorenzo, y despues de las formalidades de costumbre, le ordenan que cuente la historia del hurto.



Ronchetti.

—No sabría porque habio... Que me pregunten.

—¿Qué llevaba usted dentro de la cartera donde estaba depositado el Toison?

—Varios objetos. Un revolver, la cadena del reloj de S. M., un reloj grande de metal y otras cosas.

—¿Dónde la abrió por última vez antes de llegar á Milan?

—En Gratz.

—¿De modo que en Venecia no la abrió usted?

—No, señor. Por esto no sé donde nos robaron.

—¿Pues cómo dijo usted que en Venecia conoció por el peso que el Toison no estaba dentro?

—Por el peso.

—¿Pues habiendo un revolver y un reloj dentro era muy difícil?

—Sí; pero me lo pareció.
 —¿No dijo usted también que al llegar á Milan todavía tenía el Toison y que también lo reconoció por el peso?
 —Sí.
 —¿Cómo?
 —Me lo parecía. Como tenía la confianza de que estaba...
 —¿Dónde metió la bolsa en Milan?
 —En un armario.
 —¿Y las llaves?
 —Las llevaba todas siempre en el bolsillo.
 —¿Nunca las dejaba usted?
 —Nunca.
 —¿Ni encerradas en ninguna parte?
 —Siempre las tenía en mi propia faltriquera.
 —¿Ha visto alguna vez entrar á alguno en su cuarto de usted?
 —No recuerdo.
 —¿Quién le contó el robo á Boet?
 —No lo sé. Yo por la tarde se lo referí.
 —¿Había en el hotel de Milan alguna señora conocida de don Carlos?
 —No, señor; yo no la ví.
 —¿No vió nunca en Milan á la Samoggy, que es la mujer cuyo retrato le enseñarán ahora?
 —Nunca.
 —¿Ni en Italia?
 —No.
 —¿Ni en ninguna parte?
 —Me parece que la he visto, no sé dónde.
 El público prorrumpe en rumores.
 —¿De quien sospechó que hubiese hecho el robo?
 —De nadie. Despues sospeché cuando Boet se fué á Bayona.
 —¿Sabe si don Carlos hizo algo para descubrir el ladrón?
 —Lo ignoro.
 —¿Alex y Erdavide le dijeron algo en Paris cuando fueron de parte de Boet?
 —Sí. Me dijeron que Boet era el ladrón, que había robado la joya, y que ya estaba perdido, y lo sostendré delante de ellos.
 —¿Qué hizo con usted en Turin el abogado Fortunio?

—Apuntaba con un lápiz todas las cosas que yo le decía del robo.
 —¿Eran ustedes solos ó acompañados?
 —Solos. No. Me parece que acompañados.
 —¿No estuvieron ustedes encerrados solos?
 —Encerrados, no, porque la puerta quedó entornada, pero solos sí.
 —¿Quién escribió de parte de usted una carta al padre del presbítero Erdavide?
 —El señor Esparza de mi parte.
 —¿La firmó usted?
 —Sí.
 —¿Sabía usted lo que decía?
 —Sí.
 —¿Cuánto cobraba Boet de don Carlos en calidad de sueldo?
 —Nadie cobraba en casa de S. M.
 —¿Pues entonces de qué viven los carlistas de allí?
 —No sé: creo que el comisario los da algo de vez en cuando...
 —¿Llevaba usted la cartera del Toison siempre encima cuando viajaba?
 —Siempre.
 —¿Y al llegar á un hotel, no se la quitaba un momento para arreglar los baules?
 —Ni un momento.
 —¿Al partir Boet para Bayona, no le pidió á usted 200 francos?
 —No, señor.
 —¿Pues por qué ha declarado usted esto al juez?
 —No me acuerdo de si me los pidió y se los presté.
 —¿Podía Boet marcharse á Bayona al regresar de Oriente á Paris?
 —No, señor, porque tenía una enfermedad secreta.
 —¿Cómo lo sabe usted?
 —Porque le compraba las medicinas.
 El público se rie.
 —Si el acusado quiere, puede hacerle alguna pregunta, dice el Presidente.
 Boet se levanta con calma.
 —Diga el testigo, pregunta, ¿quién le regaló el reloj despertador que tenía encima de la mesa de no-

XXII.

che en Venecia, y al cual cada dia por la mañana hacía tocar?

Lorenzo se turba.
 —Diga quien se lo regaló.
 —Nadie.
 —Diga si fué el mayordomo de don Alfonso.
 —No lo recuerdo.
 —Le pregunto por el reloj que tenía encima de la mesa.
 —Lo compré en Gratz, exclamó espantado Lorenzo.
 —¿Lo recuerda bien?
 —El que me regaló el mayordomo era otro. Pero yo no tenía mas que uno. El de la cartera de viaje y el que llevaba encima.
 —¿Qué enredo es este? exclama Paribelli.
 —¿Cuántos relojes despertadores tenía usted, uno ó dos?
 —Uno, dos.
 —En qué quedamos, ¿era uno ó dos?
 —Dos, pero era uno, exclamó Lorenzo, enjugándose el sudor de la frente con una angustia extraordinaria.
 El público empieza á reirse.
 —¿Qué tamaño tenían? dice el Presidente.
 —Me lo regalaron en Gratz.
 Gran hilaridad.
 —No pregunto esto; ¿era pequeño?
 —No. Sí, pequeño.
 Nueva hilaridad.
 —¿En qué quedamos? exclama el Presidente.
 —Era pequeñito y lo llevaba en el bolsillo.
 —Señores, dice Boet, este reloj despertador tenía más de 30 centímetros de alto, y Lorenzo ha sostenido siempre que lo había llevado encerrado en la cartera con el Toison, y que nunca había abierto esa cartera, para hacer creer en el hurto verdadero del Toison, cuando es público en el hotel de Venecia que lo tenía encima de la mesa de noche y que cada mañana hacía sonar el despertador.
 —No era este, no era este, exclama Lorenzo aterrado.
 El público se echa á reir vivamente.

El Presidente interrumpió al señor Boet, diciendo que todo esto de los relojes no valía nada; que no hacía sino perder tiempo; que él no comprendía de qué podía justificarle una pregunta de tal naturaleza, y que si habíamos de continuar así con los relojes hasta las ocho de la noche.

El despacho, la bilis y la ira con que el señor Paribelli lo dijo, sorprendieron en extremo á todos los circunstantes, quienes si no prorumpieron en una silba estrepitosa, fué por respeto, no al hombre, sino á la toga. Pero Ronchetti, que estaba tan cansado, al ménos como los demás, se levanta y haciéndose, sin saberlo, el intérprete de la indignacion general, exclamó con voz tonante:

—V. E. hace apreciaciones que no le competen, porque la ley solo permite hacerlas al Jurado. V. E. preside las sesiones de tal modo, que puedo asegurar que jamás he visto un tribunal donde la presidencia hiciese lo que aquí se vé. Si las preguntas que hace nuestro defendido no le parecen á V. E. útiles, á él y á la defensa le parecen mucho, y á su debido tiempo se verá la trascendencia que tienen.

El Presidente mira á Ronchetti, y contesta con el rostro lívido de bilis:

—Es que yo jamás he visto á un acusado que hablara tanto. El acusado abusa de nuestra paciencia.

—El acusado dice todo lo que necesita para su defensa, dice Ronchetti.

—El acusado no se defiende, grita Paribelli; porque en vez de contestar á las acusaciones de los testigos, hace á estos preguntas.

—En las preguntas consiste su defensa, responde Ronchetti; porque las explicaciones de los sucesos ya las dió, y no es cosa de que cada dia repita lo mismo á propósito de cualquier testigo. Lo que á él le importa es demostrar, por medio de sus preguntas, que los testigos del adversario vienen aquí preparados y con la leccion aprendida de memoria.

No sabiendo Paribelli que replicar, corta violentamente este diálogo, y abriendo la retirada á Lorenzo, levanta la sesion.

Sesion del dia 3. Los testigos ya oidos están sen-

tados detrás de los abogados defensores dentro del Tribunal, y el Presidente ha llamado á Lorenzo para hacerle un par de preguntas, de las cuales resulta que nunca, nunca abandonaba ni un momento las llaves de la cartera donde estaba el estuche con el Toison ni mucho menos los del mueble donde lo guardaba.

Campi se levanta entonces, y con la ironía pintada en el semblante, dice:

—Nosotros debiéramos hacer algunas observaciones sobre el modo brusco con que ayer en el mismo momento de una pregunta importante, el señor Presidente levantó la sesión. Pero no la hacemos por saber que sería inútil. Ya vemos que ciertas cosas no tienen remedio. Tan solo lo haremos notar á los señores jurados, y les rogamos que lo tengan bien presente. Es verdad que hoy podríamos dirigir la misma pregunta al testigo; pero suponemos que ya habrá llegado con esta parte bien aprendida; y preferimos reducirnos á encargar á los señores jurados que se sirvan no olvidarse del estado de Lorenzo en los últimos momentos de ayer. Esto nos basta.

El Presidente, que le había escuchado refunfuñando y encogiéndose de hombros, mandó introducir al conde Galvani, quien contó el almuerzo donde pasó lo del robo, bien que haciéndolo de buena fé, ó aparentándolo. Galvani es un hombre de aspecto entontecido.

El Presidente, el fiscal y dos jurados le hacen algunas preguntas, de las cuales resulta que mientras Carlos de Borbon estuvo en Milan, Galvani no vió en la mesa de éste los días que fué á comer con él á ninguna señora; que Carlos de Borbon atribuía á la joya un valor de unos 30,000 florines, que es poco menos de los 70 ó 80,000 francos que Boet dijo, y que el testigo, de resultas de una gran caída, ha quedado con las facultades mentales débiles. Todo esto, pues, confirma bastante la relacion del acusado en muchos puntos.

Después de Galvani entró don Guillermo Baer, director del hotel de la Ville de Milan, donde se fraguó lo del robo, ó lo que sea. Es un suizo alto, de edad madura, fornido y colorado, con tipo de industrial inteligente; invitado á declarar, dijo:

—Cuando llegó don Carlos con su comitiva yo estaba fuera de casa, enfermo, y algunos días después

supe por mi consocio quien era, y que segun decia le habian robado el Toison. Vino á verme mi consocio, y me dijo: aquí pasa algo extraño; esta gente hablan de haberles robado una joya, y en vez de darnos parte, como debian, se han ido á declararlo á la policia. Conviene que venga usted para enterarse de esto y hablar con don Carlos. En efecto, me levanté; fuí, y traté de hablar al principe; pero me salió al paso el señor Suelves, diciendo que él me enteraría de todo. Hícele referir cómo guardaban el Toison, y le dije en seguida que era imposible que se hubiese robado en mi casa, y que ni siquiera comprendia cómo habian podido robarlo en ninguna parte. El señor Suelves me manifestó que no se sospechaba de mi hotel, sino mas bien que los ladrones lo hubiesen robado en el viaje, y que de todos modos tuviese entendido que á los ojos de don Carlos toda la responsabilidad de mi casa quedaba salvada. Pedile entonces que me diese por escrito una declaracion de esto, y se me excusó diciendo que estando la cuestion en los tribunales no podia, lo que me admiró mucho.

Baer. Hablando despues con mi compañero, éste me decia que en ese robo habia algo de incomprendible; yo era del mismo parecer. Entonces se nos acercó el ama de llaves, y nos dijo que la alemana que seguia á don Carlos, con el título de baronesa de Samoggy, hablando con éste, habia exclamado: *Si llegase á descubrirse, me mataría...*

Estas palabras causaron gran sensacion.

El Presidente pregunta:

—¿Esa mujer se comunicaba con don Carlos?

Testigo. Sí, señor. Todas las noches bajaba de su aposento al del principe, y por la madrugada volvia al suyo.

El público ríe á carcajadas.

—¿Lo vió usted? dice el Presidente.

Testigo. No, señor. Pero lo veian otras personas del hotel, y era un hecho público.

Presidente. ¿Cómo llegó y partió esa mujer?

Testigo. Llegó un día antes que don Carlos, y partió tambien antes que él. Llegó de Venecia y partió para Turin.

Presidente. ¿Así, pues, no vivia en el hotel con don Carlos?

Testigo. No, señor, pero á lo que parece dormia con él.

El público vuelve á reirse.

Presidente. ¿Dónde se halla el ama de llaves?

Testigo. Se halla en Ginebra, y parece que espera la segunda citacion del Tribunal para presentarse, segun consejo dado por el Cónsul italiano.

Presidente. ¿Por qué cuando le llamó á usted el juez no le declaró las palabras que reveló el ama de llaves?

Testigo. Porque me reduje á contestar á lo que me preguntó. Pero las declaré en el momento del robo al comisario de policia de mi distrito, y hasta le dije que sospechando que la Samoggy se llevaba la joya en sus cofres, seria bueno que se telegrafiase á Turin para que con un pretexto de consumos, se los registrasen. Pero el comisario me contestó que esto incumbia á la Comisaria central, y no fué hecho.

Dugnani toma la palabra, y pregunta:

—¿Se le presentó al testigo alguno diciéndole que convendria declarar esto ó lo otro?

Testigo. Nunca.

Dugnani dice:

—Como hay en los autos una carta del señor Boet declarando que la camarera habia oido decir algo parecido á aquellas palabras de la baronesa, y esta carta era escrita á Alex, quien la presentó al Tribunal, convendrá más adelante saber cómo supo Boet aquella noticia.

—No sé, exclama el señor Baer, lo que el señor Boet ha escrito, pero repito que contemporáneamente al robo, hice aquella declaracion al comisario.

El Presidente declara suspendido el interrogatorio, por un momento, y el testigo se sienta, dejando en el ánimo de todos una profunda impresion.

«Este sí que no es un comediante, murmura la gente.»

Examínase en seguida el faquin Pedro Isabella del mismo hotel, cuyas declaraciones carecen de importancia, y se despide á Baer y al mozo, aunque al primero condicionalmente. Llámase á otros testigos ausentes, al fin se introduce á Mr. Motte, agente de policia de la agencia Maggei de Paris, que se dedica á espiar á la gente por encargo de los particulares. La

Agencia dice que Motte fué el encargado de seguir y espiar á Boet de parte de don Carlos.

—¿Dónde vió usted á Boet por primera vez? pregunta el Presidente.

Testigo. En Bayona.

Presidente. ¿No le vió usted en Paris en casa de don Carlos?

Testigo. No, señor. Me encargaron que fuese á verlo con un pretexto á su fonda de Paris, para tomarle la figura, pero le hallé ya camino de Bayona.

Presidente. ¿Qué día fué?

Testigo. El 24 de Diciembre.

Presidente. ¿Qué hizo usted entonces?

Testigo. Por orden de la Agencia salí de Paris el 25 y el 26 vi al señor Boet en Bayona asomado á la ventana de su casa.

Presidente. ¿Así, pues, el señor Boet vivia con su familia?

Testigo. Sin duda.

Presidente. Sin embargo, en una relacion de usted que la casa Maggei presentó al juez, usted dice que Boet fué á alojarse en casa de su amigo Ferrer, y que su esposa iba á verle de vez en cuando.

Testigo. Ya manifesté al señor juez que esta relacion no era mía, sino una composicion de la Agencia, donde habia cosas inventadas y cosas que yo habia dicho; intimé que se presentaran mis propios despachos, y se me contestó que estaban destruidos.

El lector comprenderá la importancia de esta revelacion, acordándose de que Suelves y Lorenzo declararon en la sesion anterior que sospecharon que el Acusado habia robado el Toison, al ver que á pesar de tener un mal secreto, se habia ido á Bayona á ver á su esposa. Ahora queda en claro que aquella relacion de la Agencia diciendo que Boet fué á vivir en casa de Ferrer, no tenia otro objeto que esforzar las declaraciones de Suelves y Lorenzo.

—¿De modo, dice el Presidente, que aquel párrafo no es de usted?

Testigo. Así lo he declarado siempre. El señor Boet vivia en su casa, y á veces no salia de ella en dos días. Yo mismo lo vi diferentes veces, y además todo Bayona lo sabia.

Presidente. ¿Qué objeto tenia esta vigilancia de usted?

Testigo. Ninguno. Vigilarlo y nada más.

El público se ríe.

Presidente. ¿Pues entonces qué decía usted á su principal en sus despachos?

Testigo. Nada. Que el señor Boet iba al café, ó que salía con los niños, ó que no salía, ó que á tal hora se había paseado por aquí ó por allí...

El público ríe espontáneamente, y Boet mezcla su risa con la de los demás.

—¿Pero, exclama el Presidente, no le encargaron á usted que viese si vendía diamantes?

Testigo. Ni una palabra de diamantes.

Presidente. La relacion de la Agencia lo dice.

Testigo. Tambien falta á la verdad en esto. Yo fui allí no más que para seguir al señor Boet, y más adelante, sólo más adelante se me ordenó que me informase si se habían vendido diamantes, sin encargarme que preguntase quién los había vendido; y yo lo hice, y supe que en efecto se habían vendido algunos diamantes.

Presidente. ¿Qué hacía la señora Boet?

Testigo. Lo ignoro. No tenía ningun encargo de vigilarla.

Presidente. ¿No le ordenaron á usted que viese si vendía algunos diamantes?

Testigo. Ni esto, ni nada.

Presidente. Me parece que el informe de la Agencia lo dice.

Testigo. El informe se equivoca.

Presidente. ¿Supo usted la salida de Boet de Bayona?

Testigo. La supo en seguida toda la ciudad.

Presidente. ¿Donde se fué?

Testigo. Lo ignoro. En Bayona se decía que á Tours.

Presidente. ¿No le siguió usted?

Testigo. No, señor, porque no había recibido órden de seguirlo. Mi mision terminó, cuando el señor Boet salió de Bayona, y entonces regresé á París.

Hechas algunas otras preguntas, el testigo se retira dejando tambien una gran impresion en el ánimo de todos. El asunto tal como lo cuenta Boet, se va dibujando con los siniestros colores que resaltan de los mismos testigos carlistas. En la anterior sesion decía Saelves que el de policía vió á Boet en casa de don

Cárlos; y aquel lo niega; que esta entrevista fué en la noche del 25 al 26, y el de policía declara que el 24 Boet partió de París, lo cual ya había sostenido Boet; que don Cárlos recibió partes de Bayona sobre las primeras ventas de diamantes, y el de policía demuestra que era imposible, y que para hacerlo creer á la justicia, se han falsificado unos partes. Así es que la sesion de la mañana se ha levantado, dejando en el ánimo del público una impresion de disgusto contra los acusados.

En la de la tarde, se recibió á Esparza, secretario de doña Margarita. Esparza es una figura española, impenetrable, fria, sin carácter moral y fraíluna. Es de buena estatura, muy fornido y de edad regular. Empezó una larga relacion, que no hace otra cosa sino confirmar las explicaciones de Cárlos de Borbon, y cuenta todo lo que pasó desde el regreso de este á París hasta la ruptura con Boet. Lo cuenta bien, en voz clara y con acento más natural que Suelves. Conócese que es hombre que no se descompone fácilmente. Todos le escuchan con gran atencion. Pero su relato tiene dos defectos que dejan ver demasiado el arreglo y los puntales y estribos que deben sostener las ruinas de las declaraciones de sus compañeros. Por ejemplo, dice que se hizo reconocer á Boet por el policía en casa de don Cárlos el 23 ó el 24, y que no fué el policía que le siguió á Bayona, sino otro.

—Hé aquí unos polizontes, exclama Campi, que eran muy amables: unos se pasaban á otros las comisiones, como si jugasen á la pelota.

El público se echa á reír.

En otra parte dice que en casa de don Cárlos se supo la venta de los diamantes por los diarios de Bayona.

—Que conste esto en el acta, exclama Boet. Hasta ahora habían dicho que lo supieron por su policía.

—Es, dice Esparza con imperturbabilidad, que al mismo tiempo recibimos el informe de nuestra policía.

Boet se echa á reír como un bienaventurado. Por lo demás debe consignarse que durante la relacion del secretario de doña Margarita, no ha hecho otra cosa que reírse, y mirarle con ojos donde estaba pintada una viva hilaridad interna.

Hé aquí ahora un resumen completo de las declaraciones de Esparza:

Esparza. En casa de S. A. se supo el robo del Toison pocos dias antes que el señor duque de Madrid regresase de su viaje. A todos nos pareció muy extraño. El duque no daba ningun detalle del robo, y por consiguiente no pudimos formar juicio del suceso. Llegó á París S. A. con su comitiva, y entonces supimos todas las particularidades del hecho. En seguida nos pareció que el robo debía haberse cometido por alguien que interviniese en la compañía del duque. ¿Pero quién podía ser? Acompañaban al duque el señor Boet, el vizconde de Montserrat y Lorenzo; y como todos nos parecian de confianza no sospechamos de ninguno.

El mismo dia de la llegada todos estos señores fueron convidados á comer con el duque y la duquesa, y como es natural, durante la comida, se habló del robo y de quién seria el ladrón. Lo más natural era conjeturar que fuese alguno de los empleados en los hoteles donde la comitiva se había hospedado. El vizconde de Montserrat y Lorenzo hablaban de esto libre é ingenuamente, haciendo cada uno sus conjeturas y contestando á las preguntas y observaciones que se les dirigian. Solo Boet callaba tenazmente, y si había de contestar á alguna pregunta directa, lo esquivaba con algun subterfugio. Esto nos llamó mucho la atencion, y nos dió en seguida que pensar. Todos reconocimos instintivamente que este contraste era muy sospechoso. Pero allí callamos, por ser demasiado grave el caso.

El señor duque de Madrid y el vizconde de Montserrat habían observado tambien por el camino la extraña actitud del señor Boet desde el robo, y sin decir nada, para no advertirle, le vigilaban, é iban formando concepto. En esto el señor Boet manifestó deseos de irse luego á Bayona; y como parecia llevar mucha prisa, acabábamos de temer que las sospechas que nos había infundido no fuesen descabelladas. Una noche estábamos varias personas en el salon del duque, con este y la duquesa, y salimos á hablar del robo, por ser el objeto de nuestra preocupacion general. Cada uno dijo entonces lo que pensaba, porque el duque nos dió el ejemplo. En efecto, S. A. manifestó que el autor del robo no podía ser sino el

señor Boet, y que sospechaba de éste. Entonces los demás manifestamos nuestra conformidad con este parecer, y cada uno dijo en qué observaciones se apoyaba. Resultó de todo esto una conviccion general de que habíamos al fin descubierto al culpable.

Entonces hablamos de lo que se podría hacer, y acordamos valernos de una agencia de policía particular para vigilar al sospechoso y cogerle con el cuerpo del delito en la mano. A este efecto S. M. convidó á comer á Boet el dia 23 ó 24, no recuerdo bien...

El público deja oír murmullos y risas.

Esparza... y como se había ya avisado á la agencia que designase á un dependiente suyo, y lo enviase á la casa del duque, pudo dársele á conocer á Boet muy fácilmente. En efecto, despues de la comida pasamos á un salon donde se había preparado un árbol de Navidad para los niños, los hijos de SS. AA.; y con la excusa de enseñárselo á Boet, se le introdujo allí despues de comer, y se le puso á la vista del agente para que éste le tomase bien la fisonomía, lo cual hizo con la mayor comodidad.

Boet mira de hito en hito á Esparza, se sonríe, y mueve la cabeza como diciendo: «¡Picarillos! ¡qué astutos érais!»

Presidente. El agente de quien usted habla, ¿era el que ha venido aquí á declarar?

Esparza. No, señor, era otro.

Presidente. ¿Pues entonces el que reconoció á Boet en casa de don Cárlos no fué el que le siguió á Bayona?

Esparza. No, señor, fué otro.

El público murmura y se sonríe.

Esparza. Arreglado este punto, dejamos partir á Boet, esperando confianzas de la agencia para obrar. Entre tanto no perdimos el tiempo, y yo, por órden de la duquesa, escribí á Boet preguntándole algunas cosas del robo, á fin de explorarle. El me contestó por el mismo tenor que lo había hecho antes de viva voz; es decir, desentendiéndose del mejor modo posible. Nosotros creíamos que lo hacía para no soltar prendas que despues le comprometiesen. Nuestro objeto era tambien ver si se arrepentiría, y conociendo que estaba descubierto, renunciaría á disimular, y devolvería la joya á las buenas,

evitándonos un escándalo. Pero ya digo, se mantuvo terco. Como Boet había prestado servicios al partido; como tenía hijos, y el padre de Boet había ya sido un buen y fiel servidor del abuelo de S. A., los duques querían compadecerse del culpable.

Boet se echa á reír de un modo contenido.

Esparza. Tuvo S. A. que marcharse á Londres, y entonces supimos por los diarios de la frontera que la esposa de Boet vendía diamantes.

Boet. Hola, hola, ¿conque por los periódicos de la frontera? ¿Pues no habían ustedes dicho hasta ahora que lo supieron por un agente de policía? ¿No dicen que habían enviado su agente á vigilarme? Pido que conste este nuevo dato.

Esparza se sonroja; pero reprimiéndose y domiéndose, procura levantarse de su caída.

Esparza. Es que al mismo tiempo recibimos el parte del agente.

Grandes murmullos, risas, silvidos generales en el público. «¡Es un tipo de cinismo! exclaman muchos.—«¡Qué modo tan descarado de mentir! Esto ya es demasiado,» dicen otros. Esparza se muestra impasible, pero no puede impedir que se conozcan los esfuerzos que hace para dominarse.

Esparza. Regresó don Carlos de Londres, y sabiendo lo que había ocurrido, me dió orden de dar parte á Milan y de entenderme con Boet para el recobro de los diamantes. Inmediatamente lo cumplí; pero al buscar á Boet, no pude averiguar donde estaba. Con motivo de haber sido expulsado de Bayona, se había escondido, no dando á nadie su direccion verdadera. Como había encomendado que se le dirigiera toda la correspondencia á Tours, sospeché que estuviese escondido en esta ciudad, é hice algunas diligencias por averiguarlo. Hallábase entonces en París Mr. Violet, farmacéutico de Tours, que tenía de dependiente en su casa á Retamero, ex-ayudante de órdenes del señor Boet. Busqué, pues, á Mr. Violet y le pregunté por el desaparecido, á lo cual me contestó que aunque en su casa se recibía la correspondencia para él, ignoraba donde estaba oculto, porque Retamero no lo decía á nadie.

No tuve ya más remedio que buscar á Retamero. Aquellas precauciones me dieron á entender que no se ocultaba por dificultades políticas, sino por la

cuestion del robo, y me apresuré á fin de rescatar cuanto antes los diamantes. Llegué á Tours, me presenté en casa de Retamero, y le pregunté por el paradero de su general. Contestóme que no podía revelármelo por haber dado su palabra de honor de guardar el secreto. En vano le rogué y supliqué: su promesa le cerraba sus labios. Boet había tomado todas las precauciones para no ser descubierto.

Entonces me expliqué. Dije á Retamero lo que pasaba, demostréle que el robo entaba probado; que el duque quería recobrar los diamantes á las buenas, á fin de evitar á Boet la vergüenza de una causa y un presidio. Retamero quedó muy afligido, porque amaba apasionadamente á su general. Viendo la gravedad del asunto, se ofreció á llevarle el encargo que yo quisiera, ya que no podía decir su paradero. Aceptélo, y le encargué que fuese á verle, le manifestase que todo se sabía, y que no había más recurso para él que devolver el Toison ó ir á la cárcel. Encarguéle de recoger él mismo los diamantes y traérmelos á Tours, donde yo le esperaría. Acordamos que si le descubria, me telegrafiasse inmediatamente diciéndomelo con esta frase: *He hallado al amigo.*

En efecto, partió Retamero, y dos dias despues recibí de Tolosa un parte suyo del mismo género que el convenido. Púseme contento esperando en el éxito de la comision; pero pasaron dias sin que Retamero volviese, ni me telegrafiasse ó escribiese. Perdíame yo en conjeturas, cuando de repente supe que de Tolosa se había ido á París con un recado del señor Boet para S. A., y que estaba en la última ciudad. Marchéme en seguida á París, y vi á Retamero, quien estaba á punto de marcharse. Escusóse de no haberme avisado, diciéndome que su general le había rogado apremiantemente que llevase una carta al duque de Madrid, y que él no había podido escusarse de complacerle.

Habiéndole preguntado qué carta era esa, me contestó que se refería al Toison, que ya la había presentado á don Carlos, y que este le había dicho que estaba bien, y que ya le haría dar la contestacion. S. A. me confirmó á mí esto, añadiendo que en dicha carta Boet se excusaba de haber robado la joya; pero que eludía tambien la intimacion que se le ha-

bía hecho de restituir los diamantes. El duque me encargó que dijese á Retamero, que nada tenía que contestar á semejante carta. Entonces Retamero partió de vuelta á Tours.

Algunos dias despues Retamero volvió de parte de Boet, diciendo que éste se lo había rogado porque se acabase aquella cuestion. El duque no quiso recibirlo, y la duquesa y yo le enteramos del estado de las cosas, diciéndole que no había otra solucion conveniente para Boet, que devolver los diamantes é invocar la clemencia de S. A. Retamero fué á ver á Boet en casa del marqués de Alex, en Tolosa, y algunos dias despues me telegrafió que regresaba. Fui á esperarle á la estacion, y así que le vi, le pregunté:

—¿Lleva usted los diamantes?

—Sí, me contestó; pero no todos, porque faltan los grandes.

—¿Los grandes? exclamé. ¡Malo! Si cabalmente son los más valiosos.

Diciendo esto, tomamos un café y fuimos á Passy, donde hallamos á doña Margarita que estaba sola. Retamero le entregó el paquete de diamantes pequeños, y la señora exclamó:

—Esto no vale nada. ¿Dónde están los grandes?

—Boet, dice, contestó Retamero, que los tiene empeñados, y que necesita 13,000 francos para des-
empeñarlos, pues lo empeñó en 18,000 y solo puede disponer de 5,000.

—¿Dónde están empeñados? preguntó ella.

—No lo sé de cierto, contestó Retamero. Parece que en Italia.

—Allá se las haya, repuso la señora. No quiero dar dinero para rescatar lo que es nuestro. Peor para él si no los devuelve.

Retamero se quedó allí algunos dias, y entonces Boet empezó á negociar con S. A. por medio de aquel á quien escribía ó telegrafaba muchas veces al dia. Sus cartas y telegramas demostraban gran agitacion, pues unas veces suplicaba, y otras parecia un loco furioso. El duque se avenía á perdonarle, pero exigía que antes se le restituyesen los demás diamantes. Sin esto no quería oír hablar de clemencia. Cansado Retamero de no sacar nada del uno ni del otro, volvió á Tours, abandonando á Boet.

Pasaron algunos dias, y se presentaron en Passy

TOMO II.

el marqués de Alex y el sacerdote Erdavide, que llegaban de Tolosa con una comision del acusado. Traian los diamantes, y antes de entregarlos, tuvieron diversas entrevistas con el duque y la duquesa y conmigo. Nos dijeron que Boet había escrito en el sobre del paquete de diamantes que el Toison le había sido entregado en Milan por el duque, y que tenían orden de no devolver aquellos diamantes si el duque no ponía su firma al pié de aquella declaracion. Yo les manifesté en seguida que jamás S. A. se avendría á hacerlo, y que de ninguna manera lo probase. Alex parecia estar muy incomodado con Boet, y habiéndole yo preguntado como éste había desempeñado aquellos diamantes, me contestó que á expensas de su bolsa, puesto que le había prestado recientemente una gran cantidad que de seguro jamás recobraría.

Alex y Erdavide tenían sobre todo gran empeño de sacar de la cárcel á la señora y suegra de Boet, las cuales habían sido poco antes reducidas á prision de resultas de una rogatoria de Milan. Deseoso yo tambien de hacer algo por estas señoras, conferenció con ellos sobre el modo de alcanzarlo; y convenimos en pedir consejo al marqués de la Ferté, quien á causa de su posicion oficial, tenía gran influencia en los centros oficiales. El marqués fué de parecer que no se podía levantar la prision sin haberse arreglado lo pendiente entre el duque y Boet.

Supliqué yo á SS. AA. que se apiadaran de aquellas mujeres, y al fin obtuve que aceptaran en principio algo de lo que proponian los señores Alex y Erdavide. Se hizo un borrador donde el duque descargaba indirectamente á Boet del delito, y despues de algunas observaciones de los representantes de éste, quedó aceptado por las dos partes. Este documento requería como preliminar dos cosas, la exoneracion de Boet de todos los grados, honores y cargos y que Boet devolviese toda la correspondencia política. Habiéndosele preguntado, contestó aceptando lo primero, pero lo segundo lo rehusó con un pretesto que tendía á engañar á S. A. Alex se indignó del papel que le hacía representar Boet, y no pudo menos de manifestarlo así varias veces delante de mí y de otras personas, encareciendo el compromiso en que le había puesto con respecto á la no-